

S

Es llama Pablo. Es uno de los grandes artistas del siglo XX. Nació en 1881 (se celebra este año el centenario de su nacimiento), y no es Picasso.

Es aragonés, de Maella. Se apellida Gargallo, y nunca tuvo el genio publicitario de colocarse de entrada en primer plano del espectáculo, para no abandonarlo nunca. Al contrario, era modesto, conoció las angustias de la creación; tuvo sus dudas -nada de «yo no busco, encuentro», y los caminos artísticos que descubrió le sirvieron a otros, mientras él seguía experimentando con excesiva autocrítica y en una pobreza que le impidió realizar en bronce su obra capital el Profeta, «que en el futuro tendrá para nosotros el mismo significado que el David de Miguel Angel para la escultura del Renacimiento», según Pierre Reverdy.

Las modas pasan sin dejar despojos. Vuelven a desnublarse los pináculos que orientaron la creación. Se sacude la costumbre perezosa que nos ha hecho creer que el arte de hoy procede de la vanguardia de los años treinta. Ahora, gracias a la exposición de

Gran retrospectiva en París, Barcelona, Lisboa y Madrid

CENTENARIO DE PABLO GARGALLO

Gargallo que comienza en París (Museo de Arte Moderno), para instalarse en Barcelona (abril-mayo-junio), en Lisboa (julio-agosto-septiembre) y en Madrid (octubre-noviembre-diciembre), comprobamos que Julio González, Brancusi, Zadkhine y el propio Picasso de ciertas esculturas tenía un padre, como todo el mundo, y que ese padre era Gargallo.

En TRIUNFO le hemos dedicado amplias páginas (I). Hoy cedemos el espacio a José Llorens i Artigas, y también a Gargallo. El primero, muerto en el pasado mes de diciembre, además de haber sido uno de los grandes ceramistas del siglo, fue un agudo crítico de arte. Este texto sobre Gargallo, escrito en 1924, nos lo demuestra. Y leyendo los fragmentos del «carnet de notas» de Gargallo vemos que sus investigaciones plásticas se basaban en un sólido pensamiento artístico y filosófico. ■ R. CH.

«Baño de sol»,
1932

(1) N.º 617, 27 julio 1974

